

Aquí tienen ustedes por qué ya no creo ni en la mismísima palidez de Perrollaz.

Y conste que no lo llamo amigo mío, á pesar de que amigos hemos sido, y de que en mucho aprecio su talento. Desde el momento en que desconfía de mí, en que me oculta algo, aunque ese algo sea animal, y no me dice, en el seno de la amistad, lo que él sabe y á mí me interesa saber, ya no es mi amigo. Sin embargo, puede volver á serlo cuando guste.

## EL CIELO ESTÁ MUY AZUL.

El cielo está implacablemente azul. Cuando sale uno del baño matinal, azotado por el chorro de agua fría que, á manera de látigo, nos azuza para que corramos, el calor aún tibio de la atmósfera, parece voluptuoso; la fersa limpidez de las capas superiores cautiva la mirada, y ese sol refulgente que parece salir de caza levantando nubes de polvo en su camino, semeja gallardo, altivo, triunfador. Ni una nube en las crestas de las montañas: los blancos rebaños que Eolo cuida, no aparecen. Ni franjas color de rosa ni cintas color de ambar en el horizonte. Todo azul.

Sin embargo, fijándonos un poco echamos de ver que ese azul está un tantico sucio. No se ha lavado todavía con agua fresca y para disimular el desaseo se ha puesto polvo de arroz en la cara. Es un azul deslabazado, que no ha dormido bien y conserva la fiebre del insomnio. Otras veces lo vemos profundo, intenso, enérgico. Ahora no: está desleído.

Como las almas, el cielo necesita la lucha para resplandecer. Si triunfa de las cerradas nublazones, de los negros nimbus, esplende. La calma prolongada le deja soñoliento, pálido. Alzo hoy los ojos para verle y se me figura que es un desierto. Ninguna caravana de árabes, envueltos en sus blancos alquiceles, cruza por esa extensión; no se presenta ningún camello amarillo y giboso en el horizonte; no se columbra al mercader que de Damasco viene con su mula cargada de telas color de escarlata, ni se presume que puede haber, en donde los montes lindan con el cielo, un oasis, una cisterna, un sitio húmedo y sombroso: no hay una sola nube en el espacio.

A medida que el día avanza, aumenta el calor. Caen sueños sobre la naturaleza. Las acacias que al soplo de la brisa ríen moviendo sus calados abanicos, están ahora inmóviles. El árbol no sacude

sus hojas, y parece pintado con lápiz verde sobre fondo azul pálido. Tiene la vegetación ese color brillante, mas sin vida, de los tibores japoneses. El agua anda despacio y sin tararear ninguna de sus canciones favoritas. La tierra está echada.

En otras ocasiones tal parece que la tierra se mueve y hace fiestas. Ora bebe agua, ora deja que el aire haga danzar la arena; ya hace cosquillas á las espigas, que se retuercen riendo; ya dice no sé qué palabras á las rosas, y las ruboriza. Pero bajo esta atmósfera pesada, ni el menor movimiento se percibe en ella. Camina el buey con mayor lentitud; no ladra el can; las ovejas salen á pastar con el cansancio y el desgano del oficinista que vuelve al interrumpido trabajo por la tarde; los pastores se tienden sobre la yerba con la cara hacia el suelo, y ni el gallo animoso cacarea. Es la siesta; pero la siesta sin esperanza. ¡Ni una sola nube!

No es piadoso este cielo. Es como esos espíritus monótona y egoístamente buenos, que viviendo vida contemplativa, no ejercitan la caridad. Prefiero el cielo apasionado, el iracundo, el que, como Don Juan, anda á estocadas con alguaciles y cuadrilleros de la Santa Hermandad, el que se emboza y desenvaina el rayo; ese cielo que tonante blasfema y que fecunda la naturaleza. Bueno es que la inmensidad azul tenga sus días de campo, sus días en que vista de muselina vaporosa, y sus noches de fiesta, en las que luzca sus alhajas. Pero ha de pasar también, para que sea completamente hermosa, por crisis de amor y celos; han de relampaguear sus ojos por la pasión encendidos. . . . para eso, más feliz que diosas y mujeres, tiene pupilas color de cielo ó profundamente negras, á su antojo.

La tierra quemada y reseca tiene sed. El río corre furtivo y vergonzante, por lo hondo, para que no le vea ella y tenga que decirla: nada tengo. Y cuando miro la sedienta mazorca, delgaducha, amarilla, que se empina á modo de chicuela que no alcanza con sus manos el brocal del pozo, pienso en las criaturas indigentes que no tendrán acaso alimento mañana. Entonces ese cielo azul me parece de acero, frío, cruel.

La sequía destruye nuestras sementeras. El sol las asaetea. La tierra no tiene ya jugo que dar, y ha de sufrir lo que la madre cuando ve enjutos sus senos y mira hambriento al hijo. Parece desmayada la naturaleza. Hay agua para nosotros, agua para nuestro vino, agua para nuestro baño sibarítico, agua para la magnolia que se ostenta en jarrón de porcelana, pero no hay agua para el pan del pobre.

El especulador se regocija y acapara cereales. Para ese el hambre es una Celestina. Esa le lleva á las vírgenes, le corrompe á las esposas, le vende á vil precio los humildes muebles del obrero. Para ese la sequía es fecunda y pródiga. Come él hambre ajena.

¡Son hermosos los trigales cuando la lluvia los alienta á tiempo! Los segadores emprenden, cantando, su tarea, porque el buen trigo no se queja de que lo corten con la hoz: no le duele, y quiere convertirse en blanca harina. El trigo es apacible, manso, rubio. En sus campos se aman castamente Ruth y Booz. Es el oro en la edad de la inocencia. Es el oro que tiene blanca el alma. Tanto lo amó Jesús que quiso perpetuamente unirse á él. La hostia es suya.

Rebosa el granero; viene chirriando la carreta, abrumada por el peso de los haces; rodea la era un nimbo místico; la hoz brilla como la mirada de una joven que acaba de hacer alguna buena obra. . . . ¡qué alegría en los campos! ¡qué olor de cuerpo sano despiden la naturaleza! El grave, noble buey, está contento de sí mismo.

Más tarde la blanca, leve harina, saldrá como purificada del molino para ir al horno, en donde, por amor al hombre, se convierte en alimento. Fué rubia, fué blanca; luego es buena. Salva al niño enfermito; sirve de apoyo al achacoso anciano. Es la contestación que manda Dios á los que le piden el pan de cada día.

Pero ahora, pensando en la sequía que aniquila el maíz, como por reflejo, esos trigales, esas ondulantes sábanas de oro, transformándose en mi imaginación, se me presentan en distinta forma. Veo el *petate* agujereado en donde duerme el indigente; veo la luz amarilla de la vela de sebo pegada á la tarima; y la transparente amarillez del niño hambriento, y hasta las flores tristes color de ocre, que los pobres les llevan á sus muertos.

Esas noticias pidiendo agua que nos transmite el telégrafo; esas cifras que, secas aparecen en las cotizaciones de la bolsa, señalan un hecho desconsolador: la sed está haciendo hambre. El maíz se pierde; la tortilla, ese único viático que recibe el indio para su caminata por la tierra, encarecerá dentro de poco; el frijol sube de precio, y la cazuela del peón ya no va llena al campo de labranza. . . . la caridad abre sus ojos asustados y se prepara á tender la mano suplicante.

Vuelvo la vista al cielo y está azul, muy azul, sin una nube. Todas las nubes se agruparon en los oscuros horizontes de la vida.

## LOS NIÑOS TRISTES.

No hay un cansancio que tanto me conduela como el prematuro cansancio de la vida. Esos jóvenes pálidos que andan trabajosamente, arrastrándose á sí mismos, y de los que muchos podrían decir lo que Musset dijo de su enlutado é inseparable compañero, en la «Noche de Octubre:» «se parecía á mí como un hermano.» Esos, en cuyos ojos parece ya soñolienta la mirada; esos sonámbulos despiertos; esos monólogos transeuntes, avivan la curiosidad del psicólogo, ensombrecen las tristezas del poeta. ¿Qué llora en esas almas? ¿Qué callan esos taciturnos? ¿Qué buenos sentimientos muertos, como cirios recién apagados en un templo, despiden ese humo que les envuelve en una atmósfera opaca y que casi siempre huele mal?

Quisiera uno penetrar en esos espíritus, como se penetra en una gruta, ó sacudirlos para ver qué chispas, qué ayes, qué blasfemias salían de ellos.

Pero hay algo que causa dolor más hondo: el niño triste. El joven melancólico se cansó, pero ya anduvo. Por dura que la suerte haya sido para él, es seguro que en esa misma lucha han tenido empleo sus actividades y que ha logrado breves triunfos. Ese, conoció la esperanza. Ese, conquistó una efímera sonrisa, sonrisa de la vida, por desdeñosa que ésta con él fuera. Ese, amó acaso y creyó ser amado. Ese, ya supo que la madre le quería, que el amigo le amparaba. Tuvo la conciencia de su fuerza. Probablemente cometió alguna mala acción.

¡Pero el niño . . . ! Pues qué, ¿la risa no nace de sus labios, no se hizo para ellos? Pues qué, ¿no son sus voces las que han de repicar, á modo de argentinas campanitas?

Ellos no comprenden todavía el amor de los padres. Lo sienten como el calor de un nido nada más. Y muchos ni ese calorcito sienten,

porque—esta monstruosidad existe—hay padres malos. Están como más desnudos de todo. Para luchar con las enfermedades apenas tienen fuerzas. Para vivir son impotentes, si no se les auxilia. Ningún daño han hecho, y ya han llorado.

El llanto del chiquitín dichoso es á manera de un aprendizaje dispuesto por la naturaleza para que se enseñen á desahogar el sufrimiento. Mas el llanto que no puede salir, ese que no tiene fuerzas; ese que se ve empalideciendo y apagando los ojos del niño pobre, enfermo, triste, es el que entenece más intensamente.

Cuando tiene unos hijos y puede darles lo que necesitan, lo supérfluo, teñirles de color de rosa la existencia, el encuentro con una de esas criaturas desvalidas nos desgarran el alma. Gastamos, derrochamos, y al salir de una juguetería, al entrar al circo no vemos esos ojos suplicantes de los niños tristes.

Para ellos sí son verdaderas fiestas estas de la patria. Ven el desfile de las tropas, agita la circulación de su sangre el estruendo de las músicas militares, deslumbra y hechiza sus miradas el esplendor de los cohetes, y no olvidan porque nada tienen que olvidar, no esperan porque la esperanza es desconocida para ellos; pero viven, vibran un instante. Acaban los fuegos artificiales, cesa el redoble de los tambores, y esos niños tristes vuelven á la sombra con el único amigo que Dios les ha deparado, con el sueño.

¿Verdad que hay miradas que piden limosna? Yo percibí una de esas en la noche del dieciseis, cuando llovían estrellas de púrpura y ondulantes víboras de oro culebreaban en el cielo. Era de una mujer, casi de un cadáver, que iba cargando á una criaturita como de seis meses. El cadáver de su marido se había quedado á obscuras en la casa. ¡No; no mentía! Era de carne aquel dolor. La niña apenas era de carne. Ya, tras largo contacto con los dolores humanos, se aprende por desdicha á conocerlos. Esa era madre. Iba, con su pedacito de vida entre los brazos, á buscar en las calles próximas á la plaza, en los sitios por donde pasa la alegría, una limosna para enterrar al muerto, y para la huérfana cuya única dicha consistía en no saber su orfandad y en estar próxima á la muerte. Dí una peseta á esa infeliz y me pasé de largo.

Pero, andando, andando, fuéronse como abriendo mis ideas, y sentí remordimiento. ¿Cómo acababa de gastar en fruslerías y en vanidades, dejaba á mi hija muy ufana, muy satisfecha de vivir, y le daba yo á esa mujer nada más veinticinco centavos? Desandé lo andado, quise encontrar á la huérfana y á la madre, darles lo que llevara en el bolsillo, hacer la felicidad una vez en mi vida, puesto que la felicidad algunas ocasiones se hace con diez, con cinco pesos; pero ya mi limosnera, mi acreedora, había desaparecido. Ese dolor se perdió en la muchedumbre de los dolores humanos; esa indigencia, en el mar de la miseria; y mi egoísmo quedó embebido en la reseca pie-

dra que no tocan las alas blancas de la caridad. Fuí malo, si, fuí criminal.

En mis pesquisas, al torcer una esquina, salióme al paso una chiquilla de once á doce años, vivaracha, rubia, de ojos grandes. Parecía hija de francés. Su mirada no pedía limosna, pero ella sí me la pidió. Se la negué . . . me fué siguiendo, y. . . . me repugna escribir lo que me propuso . . . no lo escribo!

Esa es más huérfana que la otra, y más infortunada porque tiene más vida. ¡Santo cielo! Hay algo todavía más triste que ver á una niña huérfana y á una madre hambrienta!

## A LOS AUSENTES.

En los primeros días del año es costumbre—y costumbre simpática por cierto—la de enviar tarjetas, cartas ú obsequios á las personas más queridas, á todos los amigos y hasta á los simples conocidos. El recuerdo envía un buen deseo más ó menos cariñoso, espontáneo ó interesado, sincero ó ficticio, á aquellos con quienes algún vínculo nos une. A los que bien se quiere, parece decirseles:—todavía vivimos; ¡todavía os queremos!—Se responde—¡Presente!—á la amistad que pasa lista.

Pero hay algunos seres bien amados cuyo paradero, cuya residencia ignoramos. Al paso que vivimos, vamos viendo más y más que este mundo es muy grande, no tanto por el espacio que ocupa, sino por la distancia que separa á unos de otros. Estamos lejos hasta de muchas gentes bien queridas que viven á pocas varas de nuestra casa. Cada año observa uno que ha tenido más dispersos en el batallón de los suyos: los muertos, los heridos, los que se quedaron rezagados por cansancio, los que se ignora á dónde fueron. La esposa de un amigo suele robarnos al amigo; el vicio—¡infame!—uos arrebatá á otro; el trabajo, implacable, nos aparta, nos aísla de los nuestros; no podemos visitar, no podemos escribir; á unos, por ricos ellos, les huímos; á muchos, por indolencia ó tedio, les perdemos de vista; quién marchó á tierras extrañas y viaja sin que sepamos con certeza cuál es la ciudad, el punto en que se halla; quién se oculta deliberadamente á nuestro afecto por recónditas razones; pero siempre el alma, sagaz y adivinadora, siente, cuando no ha perdido esos cariños, volar en torno suyo los buenos deseos que no se expresan, las palabras dulcemente mudas, ese latir de corazones muy distantes pero nunca ausentes del nuestro, y que venciendo

el tiempo y el espacio se unen y forman el hogar caliente del espíritu.

A esos ausentes, más bien dicho, á esos lejanos me dirijo. Becquer dijo en un verso brumoso y como al despertar de un sueño:

Solo sé que conozco á muchas gentes  
A quienes no conozco.

Pues bien, yo digo—y esta es mi gloria y es mi orgullo:—solo sé que tengo muchos amigos á quienes nunca he visto, que no me conocen y que jamás me conocerán. Lo último no es mi gloria ni mi orgullo: es mi desgracia, es mi tristeza.

En la vida literaria, tan llena de sinsabores, encuentra el espíritu dichas, alegrías inesperadas; y de ellas, la más intensa, la más viva, es la de saber que se ha despertado una simpatía en alguien, ó que se ha fijado en uno la mirada de alguno de esos genios próceres, á quienes jamás habríamos osado, sin previo llamamiento, aproximarnos. ¡Ah! se está muy á oscuras, se tiene mucho frío, se tiene mucho miedo; y de improviso se abre la ventana que da al sol, la ancha, la grande, y entra la luz, entra el calor, ¡entra la vida! ¡Eso, eso se siente cuando nos escribe, halagándonos, un gran poeta; cuando recibimos el libro que nos manda para nosotros, con su firma, con la sombra de su pensamiento en la primera página—un escritor admirado; cuando nos dice un ser desconocido:— No te conozco, pero quiero conocerte.

Eso, eso se siente. ¡No estoy solo! Fué mi nombre en el aire, como arrancada hoja de árbol, y no cayó en el mar ni en pozo entenebrido; ¡hubo una mano que la recogió! No se extinguió como el sonido, no se apagó como la luz; le abrigaron, le infundieron aliento, y vive aún! Pobre es el mío; pero sería blasfemo si se quejara de la suerte; sería ingrato si no amase á los que, apiadados de la desnudez en que le vieron, hanle ataviado con las regias galas de ellos.

Y, sin embargo—lealmente lo confieso—he sido ingrato. Ingrato con Llona el de la admirable *Odisca del alma*, el de la *Noche de dolor en la montaña*, el de los *Caballeros del Apocalipsis*, el que ha salpicado la púrpura de la poesía americana, como si hubiera deshecho el collar más rico de una reina, con deslumbradores diamantes, que llama él sonetos, el admirado por Víctor Hugo, el que sujeta á ritmo la palabra solemne de los bosques; he sido ingrato con Jorge Isaacs, á quien admira América, y más todavía, le ama: ingrato con Rafael Obligado, artista excelso, poeta altísimo; ingrato con Rafael Pombo, el que nunca morirá porque dió vida á la muerte en

elegía inolvidable; ingrato con Rubén Darío, el fastuoso, el príncipe, el magnífico, el de Venecia, el de Oriente, el de la luz; y con Calixto Oyuela, bien querido de la musa helénica; y con Ricardo Palma, el de los frisos en que retozan las figuras; y con Pérez Bonalde que ya se murió; y contigo, mi Julián del Casal, que me ennoblecés llamándome tu hermano; contigo que te arrodillas junto á mí en la capillita de alabastro donde se oye la «sinfonía en blanco mayor» de Teófilo Gauthier; y contigo también Ismael Enrique Arciniegas, enamorado feliz de la belleza, maestro en refinamientos y elegancias; con Quesada, el de las deleitosas *Crónicas Potosinas*, el diplomático subamericano más conspicuo después de Zorrilla San Martín, porque éste es genio; con el maestro Miguel Antonio Caro; y. . . ¡pasad, ya mudos, mis remordimientos! Fuera la procesión interminable para los ojos de mi vergüenza que se asoma á verla. Casi la enormidad de mi delito es su disculpa: con todos he sido ingrato.

Por eso, y aunque sea repugnante el egotismo, hablo hoy y en público de mí á esos ausentes tan admirados, tan queridos, para decirles: ingrato el escritor, no ingrato el hombre. Al escritor lo atan, lo prenden, lo sujetan, lo enclavan. El hombre siente inmenso cariño para los que son con él tan buenos, tan generosos y tan pródigos. Cada uno de esos magnates ha derramado felicidad en mi vida. Que esa felicidad y toda la mía vaya con ellos.

Hay también para quien está en diaria y continua comunicación con muchedumbre desconocida, amigas y amigos á quienes no puede enviar su recuerdo de año nuevo porque. . . porque no sabe cómo se llaman. . . porque no sabe en dónde están. Pero existen. . . están en alguna parte. . . yo lo siento, y eso es lo que me anima. El encuentro con una de esas simpatías que andaban en la sombra, me recuerda por lo hermoso, por lo vivificador, el encuentro de Dante con Beatriz. Entonces, hasta las lágrimas salen para ver ese cariño. Hay almas afines, separadas por el espacio ó por distancias morales, que suelen reconocerse, hablarse en un instante. Ese instante se llama claridad. De la momentánea conjunción de esos espíritus siempre nace algo inmortal. Y al despedirse las dos almas, se dan una cita misteriosa, tristemente bella. ¿Para cuándo? Tal vez para mañana. Siempre para siempre.

Si se descubre que ha vibrado algo nuestro en otro ser, que hemos traducido, sin saberlo, ajenos dolores, ajenas esperanzas; que durante un minuto fuimos el amigo de la desconocida ó el desconocido, que ya quedó nuestro recuerdo en alguien, aun cuando sea como queda un niño muerto en su cajoncito de raso, diríase que un baño de luna, pálidamente, nos rejuvenece. Sí; se alzan los sueños, á modo de hojas secas al parecer revividas por la ráfaga de aire que gimiendo las levanta; se cree, cerrando los ojos, en la bondad de la

vida; se espera en el siempre cariñoso y siempre remoto inesperable. Hay luz, aunque sea la silente claridad que cae de las estrellas, en el alma. Hay otras vidas deteniendo á la que por instinto, más que por cansancio, anhela irse. Ya somos más—dicen en casa—esto es, en el corazón. Y se trabaja con más ahinco, porque se trabaja para otros más. Se ausentarán de esa casa, de ese corazón, algunos, porque así es la existencia; pero sus cuerpos son los que se alejan; seguimos pensando en los que se fueron, y con la eterna, mentirosa esperanza de que vuelvan.

A esas simpatías tan buenas, envió flores.

## AL MAESTRO<sup>1</sup>

### NENIÆ

*Quem virum aut heroa lyrâ, vel acri  
Tibiâ sumes celebrare, Clio?  
¿Quem Deum?*

HORACIO.

Arrojo mi dolor á lo íntimo de mi alma; se cierran los ojos turbios de mi cuerpo, y quedan abiertos, fijos, deslumbrados, los que jamás húmedo soplo apagará: miro, Maestro, circuída tu frente por luz de soberano apotéosis, y de mis labios que no sintieron la frialdad de tu cadáver, surge el canto.

¿Por qué enlutada la solemne sede? ¡Volcad cestas de flores! Ayer, ciñendo á tus sienas lauros frescos, te miramos partir, y al padre Océano con instante súplica pedimos respeto para tí: hoy, hijo de Horacio, coronado de rosas y de pámpanos, entras agosto á la inmortalidad. ¡No paños luctuosos, no tocas de viudez, no plañideras! ¡Esa mesa es la mesa del festín! Ven, vate griego, levanta tú la crátera espumante, y oye el epitalamio que cantamos en tus supremas nupcias con la gloria.

No van á tu sepulcro las Choéphoras, portadoras de libaciones, ni Hermes, «habitador de lo profundo,» viene por tu alma. No preside Electra, sombría y pálida, el coro de las esclavas, cuyos cabellos caen, cual si lloraran, sobre las urnas funerales; ni te acompaña doliente séquito de Panatheneas, que nunca olvidan. Son tus niñas, Maestro, las que, ufanas, van precediendo el carro de victoria en que te alzas. ¡Lémures y larvas, lívidos espectros que rondáis

<sup>1</sup> Elegía pronunciada en la velada fúnebre que el «Liceo Mexicano» celebró en honor del Maestro Altamirano.

en la noche, para vosotros está cerrado este recinto! ¡Muerte, hablamos al inmortal: aquí no tienes tú creyentes!

San Remo es la población riente y coquetuela que, entre Niza y Génova, parece una canasta de camelias caída y olvidada en el camino. Arriba del alegre caserío está la ermita de San Rómulo, surgiendo de entre un enorme ramillete de palmas. Y de esas palmas, obedeciendo á tradicional costumbre, cortan á millares las que ondulan y se cimbran gráciles en Roma el Domingo de Ramos. Luego, esas mismas flámulas de triunfo, reducidas á pavesa, van á fijarse el Miércoles de Ceniza en la frente de los católicos, advirtiéndoles que todo lo humano es efímero, todo es polvo, todo es nada.

No era el Maestro extraño en esa tierra: sin haberlo visto conociale aquel cielo, como conocía á Byron, antes de haberle contemplado, de pie sobre las ondas, el mar que llega voluptuoso á las costas de Grecia. Italia, *alma mater*, pudo al fin dar un beso largo y último á su hijo. Tampoco las palmas de San Remo le desconocían: eran para él «recuerdo vago de las florestas donde nació,» símbolo de sus triunfos, y se llamaban como una de las hijas de su corazón. Aquellas palmas se inclinaron, como arrodillándose, el día en que ese maestro entró á la eterna Jerusalem. Aquellas palmas, en triste Miércoles de Ceniza, vinieron, hechas pavesa, por el aire, á posarse enlutadas en las frentes nuestras.

Fué esa ascensión en día funesto: el trece. En el catorce de igual mes asesinaron al semidiós de Altamirano, al gran Guerrero. Puntual á la cita, y para no dejar vacío su asiento en el banquete conmemorativo, partió el Maestro y dijo á los inmortales: ¡Heme aquí!

También, señores,—y sigamos eslabonando la misteriosa cadena de la fatalidad cuyos extremos serán siempre invisibles—la fecha en que nos congregamos para cantar al Ausente, es una fecha sagrada.

Los latinos, en fiesta colectiva, celebraban á sus dioses Manes el veintiuno de Febrero. Al aniversario de la muerte llamaban *parentatio*; y esta solemnidad de hoy, entusiasta y no fúnebre, la *Feralia* ó la *Caristia*. Y eran los dioses Manes, almas de progenitores divinizadas por la muerte. «Dad á los Manes—dice Cicerón—lo que suyo es: son hombres que dejaron la existencia, y tenedles por seres ya divinos.» El Maestro es uno de nuestros primeros dioses Manes. Celebremos fervientes su *Caristia*.

Pero aquellos Antiguos, que serán siempre jóvenes para el artista, daban á la muerte una vida aterradora que nosotros no le damos. En el sepulcro encerraban cuerpo y alma. Preso en el fúnebre monumento, sentía el muerto hambre, sed, odio y amor. Agamenón en su tumba pedía venganza. Y esa tumba, en la *Orestia* de Esquilo, es un verdadero personaje con el cual conversan Electra, Orestes y el Coro.

Aquí no hay sepulcro; aquí no hay túmulo. De tu forma corpórea, Maestro excelso, nada queda. Acaso, á haber expirado entre nosotros, habría sido imposible para tí hurtarnos tu cadáver venerando: le reclamaba la tierra necesitada de savia, de calor, de energía. Era del barro mexicano, del que formó la figura épica de Morelos, y al acervo común habría calladamente reingresado. Tus hijos, creyendo en tí, y esperando el milagro, hubiéramos guardado, fieles y celosos, todo lo humano que en tí hubo. Pero moriste lejos de tu hogar; y nada tuyo, esto es, nada de tu *yo* palpable, á los extraños les dejaste. Nadie secuestra lo que nos pertenece, porque tal fué tu voluntad; el fuego te arrebató, cual á Rémulo, en su carro; y convertido en tenue, leve incienso, subiste al Sol ¡oh esclarecido hijo del Sol! Gracias, gracias de nuevo, buen Maestro!

Hay navidad en las montañas del Olimpo. Ya jamás, contendor hecho á lides que glorifica la epopeya, te miraremos braceando, nudo y sudoroso, en el mar de la existencia; ya nunca, nunca sentirán tus plantas las arenas quemantes del desierto humano; ya no la fatigosa labor diaria encorvará, al atardecer, tu espíritu; ya no, para los tuyos, buscarás con esfuerzo el pan y la esperanza; ya eres hermoso, ya eres todo luz, ya eres Inmortal. De tí no queda la materia torpe; y, límpida tu alma, entra radiante y vencedora á la región en donde cantan los ruidos, á la vida sin sombras y perpetuamente diáfana.

¡Salve, feliz amado de la Gloria! Ovidio, en la elegía tercera de sus *Tristes*, exclamaba: «Guardad en modesta urna mis cenizas y llevadlas á Roma. Así, después de muerto, no estaré en exilio.» Ese de cierto fué tu último voto, buen Maestro, y juramos cumplirlo. Pero en este instante estás aquí, reencarnas en nuestro pensamiento, y reverentes, pálidos, te presentamos el cáliz de la boda. Entona el himno.

Como Orestes en la esquiliana trilogía, yo te digo:

—Aquí estoy, y te llamo. Padre, escúchame.

## MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

En estas mañanas que parecen salir del horno, he releído un libro que para mí no es libro sino remordimiento, porque aún nada he dicho de él; y tan delicioso es el libro cuanto amigo mío el autor: las *Tradiciones y Leyendas Michoacanas* de Eduardo Ruíz. Y es el caso que con tal lectura mi ánimo se refresca, porque también el calor agobia los espíritus. He vuelto á gozar, en alma, de esa sensación de frescura que oreó mi pensamiento y mi cuerpo en el lago de Pátzcuaro. He recordado bonito.

No puedo comparar la sensación que en mí produce el recuerdo del lago, sino con la que me causa la poesía de Lamartine: es una sensación azul. ¿Por qué no atribuir color á las sensaciones, si el color es lo que pinta, lo que habla en voz más alta á los ojos, y, por los ojos, al espíritu? Y siento color de rosa cuando recuerdo mi primera mañana en la tierra caliente, la salida del sol contemplada desde el mirador del palacio de Cortés; siento color de plata cuando recuerdo mi noche de luna en el mar, y siento color azul, cuando vuelvo á ver en mi memoria el lago de Pátzcuaro. Y no, no era azul cuando lo ví. La mañana estaba fría y lluviosa. El chubasco arreció cuando salimos del hotel, y corriendo, resbalando aquí, escurriéndonos allá en la tierra húmeda, cubiertos por la manta de viaje, atravesábamos el campo como muchachos que salen á mojarse cuando llueve, y ríen, y cantan, no porque el aguacero les alegre, sino porque están alegres de vivir. Para llegar al barco tuvimos que pasar uno tras otro, por angostas vigas que ya casi flotaban en el agua. ¡Qué agradable es tener miedo no teniéndolo, y asustar á la compañera á quien se ama, empujándola para detenerla y jugando así á salvarla de riesgos que no hay!

Una vez dentro del barco, pusimos á secar nuestros abrigos

de camino, en la caldera. El sitio en que viajaban los pasajeros de primera clase, era la toldilla, porque no tenía aquel buquecito ya perdido, más camarote que el del capitán. Ibamos, por consiguiente, á la intemperie, con los pies metidos en el agua, que entraba por todas partes: apenas encontrábamos refugio junto al tosco y primitivo timón que manejaba y dirigía un más tosco y más primitivo timonel.

Lo apremiante era poner á salvo de la lluvia y de la inundación los canastos que contenían nuestras provisiones para el almuerzo; abrigar bien la gallina con las servilletas; envolver el pan en periódicos, como se envuelve en sus pañales á un muchacho; poner sobre todo esto los platos boca abajo, y no dejar afuera más que las puntas de los cuchillos, los dientes de los tenedores, como bayonetas ó marrazos de centinelas, y el cuello de las botellas que se empujaban para no sofocarse. Ya terminada esta faena laboriosa, pude volver los ojos á mirar el lago. Ibamos solos en el vapor. ¿Quiénes otros se hubieran atrevido á navegar por gusto en medio de tan recio temporal? La luz del sol, velada por densas nublazones que cubrían todo el cielo, parecía la luz de una veladora de porcelana blanca. El lago turbio, inquieto, formado como de nieve derretida; el sol triste, amarillo, como muy lejos, como enfermo, detrás del nublado; las crudas ráfagas de viento que amorataban nuestras caras; el aire sin aves; los horizontes sin montañas; todos blancos; la atmósfera sin ruidos, recordábanme las cristalinas descripciones que hace Pierre Loti de los mares de Islandia.

—¿Aclarará, capitán?

—Es bien difícil: muy mal día tendremos!

El capitán era un canadiense, joven de no mal talante y ya algo versado en el español. Parecía de buena familia y regular instrucción. En el cuartito ó agujero del timonel, sentada en un banco de palo, pálida, con los ojos bajos, cosiendo maquinalmente y como perdida la imaginación en remotas tierras, iba la mujer del capitán, joven también, no fea, pero como enfriada, como nevada en su sangre por la pobreza y los afanes de la vida. Estaba recién casada. . . . ¡qué luna de miel tan triste! Pasará los días en Ibarra esa mujer —pensaba yo—contemplando desde la ventana el lago, el cerro de Iguatzio que divide el lago, y las chalupas que lo surcan como huecas flechas de madera, sin oír más que el cacareo de los gallos en el corral ó el gruñido de los cerdos; no hablará con ninguno porque no conoce nuestro idioma; comerá sola en la desierta y desmantelada fonda, cerca del arriero que allí almuerza; y cuando caiga la tarde, cuando se enciendan las estrellas en el cielo, y escasas luminarias en las próximas islitas, irá á aguardar á su marido para cenar y dormir, hasta que los cascabeles de las mulas que llevan el guayín de Ibarra al paradero de los trenes, la despierten y le indi-

quen que es hora ya de levantarse. En la cena, por la noche, en los patios y corredores del hotel, verá pasajeros ufanos y felices; novios que hacen su viaje de bodas, y para ella no hay más que soledad, reclusión, silencio y pobreza, ó la monotonía de navegar continuamente en aquel barco sucio y tizado de hollín, que siempre se detiene en los mismos puntos para recoger balsas cargadas de madera y remolcarlas! Bajo aquel cielo gris, dentro de aquella atmósfera de vapor de agua, la mujer del capitán me parecía una palidez y un frío más.

Raras canoitas atravesaban el lago, que estaba muy alborotado. Pero ¡qué delgadas, qué angostas y qué esbeltas son estas canoitas que hienden, de verdad, el agua como flechas! Vistas de lejos, semejan pajaritos negros que se bañan volando. Ya de cerca, simulan anguilas largas. Se aproximan, y vemos que lo primero que nos pareció sombra de ala, es una diminuta embarcación en cuya caja oblonga apenas cabe la india, porque la india es flaca, ó el muchachito que lleva á vender al mercado los pescados blancos. Se creería que son palos de escobas montados por enanas brujas acuáticas. No navegan, andan estos pescadores. Y la embarcación forma como parte de ellos mismos. Vemos moverse las palitas de los remos, y pescador y chalupa se nos figuran un palmípedo que chapotea zabullido en el agua.

Otras canoas son más grandes y cuentan con varios remos. Pero la mayor, á cierta distancia, tiene el aspecto de una araña que anda á brincos sobre las ondas. Cuando el vapor silba, pensamos que se van asustar y que van á volar ó á zabullirse más todos esos animalitos. ¡Cómo respeta el oleaje esas débiles embarcaciones! En las primeras horas de aquella mañana el viento levantaba verdaderas olas. El lago, cansado de su eterna mansedumbre, se revolvía iracundo, molesto por la lluvia impertinente. Inclinado sobre el barandal de la toldilla, entreteuíame en ver salir el agua hirviente por encima de la rueda del barco, como túnica de encaje hecha girones y estrujada. Esa es el agua colérica, la que echa espuma por la boca. La azotan; á golpes la traen á la caldera; la quemán; le cierran el paso con leños carbonizados, y cuando al fin logra escapar, sale furiosa, con su vestido de blonda blanca destrozado por las brutales manos de sátiros infernales. Y se echa de cabeza al lago, para refrescarse, para bañarse, porque también hay agua en que se baña el agua.

Pues qué, ¿creéis que el agua es una misma? ¿No veis que hay una azul, y otra verde, y otra color de rosa, y otra color de oro, y otra plomiza, y otra blanca, y una que canta y otra que se queja, y una que salta al cielo como dardo de plata y otra que se echa en la tierra como un monstruo cansado? No sabemos distinguir las; nuestra vista no es bastante perspicaz para apreciar sus diferencias;

pero cada gota de agua es distinta de las otras. Se juntan porque se aman, y son las únicas que realizan el ideal, para nosotros inasequible, del amor: fundirse uno en otro. ¿Veis una ola? Pues es el ejército de una nación de gotas que se echa encima de otra para conquistarla. El agua vive. Cuando llueve, el agua bebe; cuando besa las plantas y las flores de la orilla, el agua come; cuando se filtra en las entrañas de la tierra, el agua entra á trabajar en las labores de sus minas; cuando sube en nubes ténues de vapor, el agua manda á Dios su incienso místico. ¿Que es la neblina? Es su oración de la mañana! ¿Qué son las nubes? Son los titanes del agua que intentan escalar el cielo y caen despeñados, en castigo de su osadía. ¿Que es el arroyo? Es el agua campesina que apacienta rebaños. No veis las espumas triscadoras del arroyo? Pues es el hacendado que recorre majestuosamente sus dominios. Entrad en una gruta: ese es un claustro, ese es un monasterio para el agua eremita. Tomad las estalactitas: son las urnascinerarias del agua muerta. Venid ahora á este lago: este es el lugar apartado, misterioso y tranquilo, en donde el agua pasa su luna de miel y duerme y mira el cielo!

\* \* \*

Ahora que el cielo en las noches sólo alumbra con relámpagos nubes enfermas de las que no puede caer aún la lluvia, pienso con delicia en esa mañana húmeda, ya tan lejos de mi vida.